

JUAN J. ZALDÍVAR ORTEGA



Francisco Romero y Acevedo
¿Quién fue el inventor de la muleta?

El Puerto de Santa María (Cádiz, España).
Año - 2009



Francisco Romero y Acevedo

De Francisco Romero y Acevedo no sabemos con exactitud la fecha de su nacimiento, pero sí que fue cabeza de una gloriosa dinastía de toreros, la más ilustre del siglo **XVIII**. Nació en Ronda (Málaga), casi con toda seguridad, el año 1699 y falleció en la misma ciudad el año 1767, cuando contaba sesenta y ocho años de edad. Se suele decir que «Los Romero», como ya fue citado al principio, fue la primera dinastía taurina y que el primer matador de toros a pie de la historia de la tauromaquia

fue sin duda alguna Francisco Romero, aunque no tengamos datos exactos sobre la fecha de su nacimiento, ya que escritores de la categoría de de D. José Daza, Bedoya, Velázquez y Rodríguez, Moratín, Pérez de Guzmán, Sánchez de Neira, Cossío, etc., ninguno de ellos consiguió ofrecer testimonio documentado y cierto de la fecha y lugar de su nacimiento. Unos citan que nació en Málaga el día (12-05-1695), y que muy pronto se fue a vivir a Ronda (Málaga); otros dicen que nació en Ronda en julio de 1699 y otros en junio de 1700.



Francisco Romero con el traje de ante que describe la «Cartilla de torear», de la Biblioteca de Osuna, a finales del siglo XVII, según un dibujo de Miranda, reproducido en la «Historia del toreo», de Francisco Bedoya.

Francisco Romero, el primer torero que usara una pequeña muleta para lidiar a los toros por la cara, con los pies firmes y matando por arriba a estoque.



D. José María de Cossío tampoco nos da una fecha exacta, pero sí nos asegura que era natural de Ronda y, sin duda, fundador de esta primera y gran dinastía taurina, siendo el primer torero que usara una pequeña muleta para lidiar a los toros por la cara con los pies firmes y matando por arriba a estoque, aunque en la *Cartilla de torear*, de la Biblioteca de Osuna, bastante anterior a la *Carta histórica* de D. Nicolás Fernández de Moratín, se obtengan conclusiones de la existencia de la muleta, de que se trataba de un lienzo con el que los diestros se ayudaban para dar estocadas *a ley*.

Fue padre de Juan Romero de los Santos, a su vez progenitor de la gloriosa generación torera del que el ornato principal fue el gran Pedro Romero. Las noticias ciertas y concretas que tenemos sobre su persona son escasas, si bien se han suplido con suposiciones o interpretaciones de estas

épocas, para llenar con largas páginas ese período, el más oscuro. Daremos, pues, lo que de cierto se no ha transmitido del célebre rondeño, y algunas de las hipótesis más plausibles sobre su papel en los orígenes del toreo profesional a pie.

Don Francisco Miralles Moya nos dice: «Yo, particularmente -como ya quedó citado-, por motivo de mi trabajo, tuve que ir varias veces a Ronda y allí constanté con importantes amigos del mundo taurino del Ayuntamiento y el Registro Civil y, efectivamente, me comentaban que aunque ciertamente no existe veracidad, por haberse destruido los archivos, Francisco Romero nació en Ronda sin lugar a dudas y entre los años 1699 y 1700.»

De oficio carpintero de la Ribera, y por afición se dedicaba a sortear las embestidas de los toros, tal y como durante siglos lo hicieron los chulos, afición ésta que hizo que

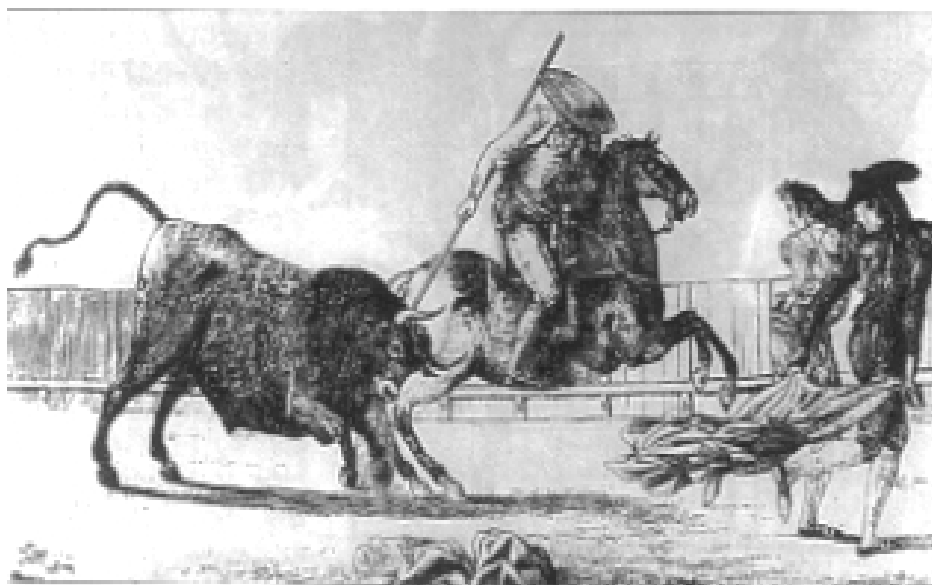
los maestrantes de Ronda pensaron que este muchacho tan valiente podía lidiar un toro. Por ello, se decidieron ayudarle, proporcionándole un traje de torear, una capa y una pequeña muleta, así como la posibilidad de enfrentarse a varios novillos, para que de esta manera fuera aprendiendo buena formación taurina; cosa ésta que supo aprovechar perfectamente el gran Francisco Romero, empezando a crear todas las suertes del toreo, perfeccionándolas y dejando perplejos a sus benefactores y a todos los aficionados rondeños, que veían cómo Francisco creaba el toreo y se enfrentaba con valor a todos los toros, lidiándolos por la cara, sólo con el estoque y una pequeña muleta.

La primera vez que Francisco Romero lidió un toro lo hizo en su tierra natal (Ronda, Málaga) el septiembre de 1725, y la temporada siguiente toreó por primera vez la Real Maestranza de Caballería de Sevilla. Sin embargo, se sabe que toreó en la Plaza de Toros de San Roque (Cádiz), hacia 1718 o 1719. El año 1727 debutó en Madrid, obteniendo un gran éxito. Estuvo treinta años en activo, sin que los toros le hicieran un

rasguño, falleciendo en el año 1767, cuando contaba sesenta y ocho años de edad, por lo que llegó a conocer a todos sus nietos, ya que Francisco tuvo un solo, que sería el gran torero Juan, que le daría seis nietos, cuatro toreros, y una sola hija, Isabel, que también se casó con un buen torero, Jerónimo José Cándido, hijo del gran torero José Cándido Expósito, que falleció en 1771, en la Plaza de Toros de madera de El Puerto de Santa María, al inferirle una gravísima cornada un toro de la ganadería de Bornos.

Es tradición constante, que recogió Fernando G. de Bedoya -y viene rodando después por todas las historias del toreo- que el oficio, que había de convertirse en familiar, de Francisco Romero en sus primeros años fue el de carpintero de Ribera, como ya fue señalado. Tras esta tradición, que no encuentro motivo para contradecir, el testimonio más autorizado que hallo son las palabras siguientes de don Nicolás Fernández de Moratín en sus *Cartas históricas...* palabras que reproduzco íntegramente:

Por este tiempo (el año 1726) empezó a sobresalir a pie Francisco Romero, el de



Esta imagen marca el escalón evolutivo del toreo a caballo y el de a pie, que duró dos largos siglos...

Ronda, que fue de los primeros que perfeccionaron este Arte, usando de la muletilla, esperando al toro cara a cara y a pie firme, y matandole cuerpo a cuerpo, y era esto una cierta ceremonia, que el que esto hacia llevaba calzón y colete de ante, correón ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir a las cornadas.

El anterior es el más viejo testimonio de sobre las habilidades de Francisco Romero y Acevedo. Ni Daza, ni la Tixera dicen palabras sobre el diestro rondeño. Pero en manos de posteriores tratadistas las palabras de Moratín, e interpretadas sin rigor, como es notorio en vista del texto, pasa por ser el inventor de la muletilla y el primero que mata cara a cara a los toros. Lo primero esta desmentido por testimonios gráficos irrefutables, a más del de la *Cartilla de torear*, de la biblioteca de Osuna, que ya habla del lienzo con que se daba la estocada de la ley. Esta, por otra parte, es la que Romero daba cara a cara, y que se preceptuaba, pues, treinta o cuarenta años antes de dedicarse al toreo. Hasta el traje que le atribuye Moratín ha sido subrayado por los biografos de Francisco Romero y Acevedo como singular, sin reparar que no es otro que el que nos describe Garcia Baragaña tomándole de la citada *Cartilla de torear*.

Resumo, pues, esta discusión desposeyendo a Romero de su cualidad de inventor -aunque para don Francisco Miralles Moya «lo más importante de Francisco Romero fue haber inventado la muleta»-, de tal instrumento de lidiar y de tal suerte básica del toreo; pero no hay razón para no asentir a que fuera de los más estimables de su tiempo y el que en el ámbito de su región diera más vuelo e importancia, por su indudable habilidad, al toreo de a pie. Es de advertir que aunque se practicara con la perfección que aquel tiempo, en el resto de España, la incomunicación podía hacer que fuera

desconocido en Ronda, y así fuera Romero el que allí la aclimató, introduciéndole en aquella plaza. A ello puede referirse la tradición que acoge Garcia de Bedoya de la protección dispensada al diestro por los caballeros maes-trantes. Conste que, en todo caso, la mayor gloria de Francisco Romero y la única incontrovertible, por la que vivirá siempre en la historia del toreo, es la haber sido fundador de la dinastía de los Romero, que lograron hacer de Ronda sede de una escuela del toreo y ciudad rival taurina de Sevilla, Córdoba y Chiclana.

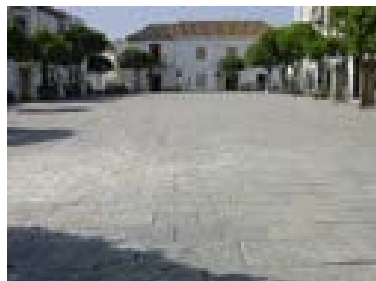
El anterior, como ya citamos, es el más viejo testimonio de sobre las habilidades de Francisco Romero. Ni Daza, ni la Tixera dicen palabras sobre el diestro rondeño, pero indudablemente, además de ser el creador del toreo a pie, aplicando nuevas técnicas, fue su inteligencia para ir perfeccionando, con una gran capacidad organizativa, el sentido de la lidia y la distancia, lo que supuso no tener durante toda su carrera ni una cornada, creando la **Escuela del Torea de Ronda**. Pero en manos de posteriores tratadistas las palabras de Moratín, e interpretadas sin rigor, como es notorio en vista del texto, pasa por ser el inventor de la muletilla y el primero que mata cara a cara a los toros.

Lo primero, repetimos esta desmentido por testimonios gráficos irrefutables, como ya fue anteriormente citado, a más del de la *Cartilla de torear*, de la biblioteca de Osuna, que ya habla del lienzo con que se daba la estocada de la ley. Esta, por otra parte, es la que Romero daba cara a cara, y que se preceptuaba, pues, treinta o cuarenta años antes de dedicarse al toreo. Hasta el traje que le atribuye Moratín ha sido subrayado por los biografos de Francisco Romero como singular, sin reparar que no es otro que el que nos describe Garcia Baragaña tomándole de la citada *Cartilla de torear*.

¿Quién fue, pues, el inventor de la muleta?

Por el relato que nos permitimos transcribir, el verdadero inventor de la muleta, o al menos el primero que la utilizó en España, colocada en el *palillo* de madera, fue el legendario Manuel Ballón (*El Africano*), matador de toros de perfiles muy singulares, nacido en Sevilla hacia el año 1702, en el barrio de la Cestería (Biografía publicada en *El Clarín* (número 20, 1850), del que «tan sólo hasta nosotros con certeza su fama, propalada en el siglo XVIII, las noticias que de él nos proporciona una carta que publicó Velázquez y Sánchez, escrita en 1767 por el marqués de la Motilla al hermano mayor de la Real Maestranza de Ronda; pero, sin embargo, se cuentan con muchos datos valiosos, aparecidos en la biografía señalada y en 1910, en *Sol y Sombra*: «Manuel Bellón, *el Africano*.»

El año 1714 o 1716, tuvo en Sevilla una desazón con un compañero suyo del mismo ejercicio -supuestamente su rival de amores de una casquivana muchacha sevillana-. y en cuya ocasión fue insultado repetidamente con las palabras más denigrantes; sin embargo, de los ataques bruscos que recibió Ballón, no hizo otra cosa que aconsejar, al que tan mal le trataba, que moderase sus agresiones y tuviese presente que era un amigo y compañero; más éste insistió en su mal lenguaje, empleando cuantos términos creyó ser bastantes para mortificarlo y zaherir la buena reputación de aquél; y así fue, que hubo necesidad de ofrecer y aceptar un duelo, quedando muerto de sus resultas el hombre que llevó la provocación hasta el terreno del desafío.



Probablemente sea esta imagen la de la emblemática Plaza de Armas de San Roque, donde Ballón dio los primeros pases de muleta, hacia el año 1719.

Como era lógico, de este hecho se formó causa, y substanciada por todos sus trámites, le fue impuesta a Manuel Ballón la pena de seis años de presidio, en una cárcel de Ceuta. ¡Qué situación tan degradante para un joven pundonoroso! Lleno de dolor y de vergüenza, tuvo que atravesar las calles del país que le vio nacer, y allá en su mente formaba la idea de recuperar algún día lo que por entonces había perdido: honra y libertad.



La Plaza de toros de San Roque, construida en 1853, es una de las más antiguas de Andalucía y la más vieja de la provincia de Cádiz.



Placa conmemorativa, colocada en la Plaza de Armas de San Roque, antes Plaza Mayor, de que allí Ballón toreó por primera vez con una muleta.

He aquí las palabras que, de cuando en cuando, se le escapaban de sus labios, y las lágrimas arrasaban su ojos, no de cobardía, porque jamás la tuvo, sino de vergüenza. ¿A cuántos andaluces inocentes no le habrá ocurrido sufrir ese tipo de atropellos?

De tez morena, pelo ensortijado y largas patillas, Ballón estaba dotado de extraordinaria fuerza y valor sin límites que, según se cuenta y escribe, le permitió hacer dinero matando fieras en África. Ya desde que llegó a Ceuta supo que los moros fronterizos eran sumamente aficionados a la fiesta de los toros, y cuyas costumbres venían de sus antepasados, en las que tenían la mayor diversión y alegría. Nadie podría extrañarse de que Ballón, al tener esas noticias, pasase por su imaginación una ráfaga de esperanza de estrechar contra su pecho a sus padres y sus amigos, y adquirir su libertad y su honra, que era todo su anhelo. ¿Cómo poder conseguirlo?, se preguntaba el desventurado joven. ¡Infeliz! Este deseo de recuperar prendas tan estimables le hicieron cometer otra nueva falta; y he aquí, que sin reflexión de ninguna especie y fija su imaginación en ser otra vez feliz y querido, se marchó al campo enemigo -al lado moro-, y desde entonces ¡oh fatalidad!, se le llamó *el Renegado*. ¡Cuántos sacrificios conlleva lograr la libertad injustamente perdida!

Allí -en el lado moro- se le cumplieron sus deseos, y tomó lecciones que sirvieron

después para reformar perfectamente nuestra escuela taurómaca: desde entonces data la verdadera regeneración del toreo, quedando después tan perfeccionado este arte y con reglas tan fijas y seguras, como pueden tenerlas con el compás nuestros ingenieros y arquitectos. Instruido Ballón en los medios de burlar los toros, concibió el proyecto de trasladarse al país que lo vio nacer, ya porque su corazón jamás olvidó la religión santa que le enseñaron sus padres, ya porque creyó que viéndole verdaderamente arrepentido le perdonarías sus extravíos.

Así fue que, según los antecedentes que tenemos, por los años 1718 a 1720 llegó a Gibraltar en unión de otros moros, adonde habían pasado con objeto de vender naranjas, dátiles, babuchas y otros objetos de su comercio. Pues bien; ya tenemos a Ballón fuera del suelo africano; ya tiene cumplidos sus deseos, y ya, en fin, ha vuelto a pisar la tierra de sus afectos y de sus constantes desvelos; ¿qué hacer ahora?; nada le arredra, nada le detiene; era cristiano y buen hijo, y ante esta consideración no podía esperarse más que una solución firme, decidida, y era la de abandonar a los moros y volver otra vez al seno de su familia, alcanzando el perdón de la Iglesia.

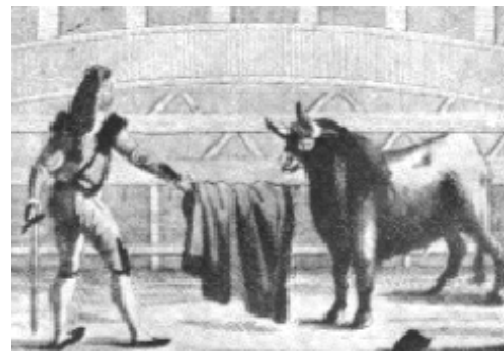
Esta es la verdad, pues llevó a cabo su determinación, y vestido de marinero se presentó en la taurina ciudad de San Roque (Cádiz) en ocasión que se corrían novilladas bajo la dirección de Francisco Romero, natural de Ronda, quien toreaba a estilo y usanza de aquellos tiempos. Manuel Ballón quería recoger glorias, tenía deseo de ser útil en lo que pudiera, y con los conocimientos adquiridos en África no tuvo inconveniente en suplicarle a Romero lo dejase matar un toro; en lo cual no hubo dificultad, no sin merecer antes la venia del presidente; en este estado se le vio salir al ruedo y, con mucha serenidad y garbo, tomar un capote y colocarlo en un palo de más de una tercia de largo, figurando una muleta igual a la que se usa en nuestros días, y marchó a donde estaba el toro con un

arrojo indecible, al que trasteó perfectamente, logrando darle la muerte de una sola estocada, cara a cara y cuerpo a cuerpo, en términos que causó la admiración de los espectadores, y recibió en recompensa la más completa ovación, porque era la primer vez que habían visto esta clase de suerte, de tiempos ancestrales utilizada por los diestros árabes, hecha con tanta gracia y gentileza.

Dos días después se corrían toros en la Plaza de Algeciras (Cádiz), en celebración del nacimiento de un príncipe real, y también Manuel Ballón lució su habilidad dos tardes seguidas, matando en cada una un toro de la misma manera, con grande aceptación de la concurrencia. Esta novedad se extendió como una chispa eléctrica por todo el país, y claro es que, sorprendidos en Ronda con un espectáculo no conocido entonces, llamaron a Ballón los maestrantes de dicha ciudad para solemnizar el regio natalicio, dando funciones de toros, en las que mató otras dos tardes, alternando en ellas iguales triunfos que en las demás partes, y en la segunda lo verificó Francisco Romero, que fue la primera vez que imitó a su maestro y reciente amigo Manuel Ballón.



Este personaje, don Benigno Ballón, ilustre abogado arequipeño, bien pudiera ser descendiente de Manuel Ballón (el Africano).



Francisco Romero aprendió de Ballón, en San Roque, el uso de la muleta.



Dos días después de la actuación de Ballón en la Plaza de Toros de San Roque, se corrieron toros en la Plaza de Algeciras (Cádiz), en celebración de un príncipe real, y nuevamente Manuel «el Africano», ya vestido de «moderno» matador, lució su habilidad muleteril dos tardes seguidas, matando en cada una un toro de la misma manera, con grande aceptación de la concurrencia.